

La semilla que dejó la conciencia

Diego de Jesús Juárez Esquivel*

¿Qué hago aquí? Esta pregunta no es sólo un eco persistente que rebota en las paredes de adobe o concreto de mi aula, sino una de las incógnitas más introspectivas a las cuales me he enfrentado en mi trayectoria profesional. A menudo, en ese silencio sagrado de las mañanas en el campo, justo antes de que el primer alumno cruce el umbral con los zapatos empolvados por el camino, el viento me devuelve ese cuestionamiento. ¿Cuál es el sentido de mi presencia en esta coordenada específica del mapa?

Entiendo ahora, que nuestro presente no es un accidente aislado, sino la manifestación viva de la historia: una red compleja tejida con decisiones, acciones y fortunas aprovechadas en un tiempo pasado. Hablar de mi “hoy” como docente frente a un grupo multigrade implica, necesariamente, realizar un ejercicio de memoria y reconocer mi propio pretérito. Significa aceptar que para entender la planeación que tengo hoy sobre el escritorio, debo primero entender el camino que me trajo hasta este pupitre.

Inicialmente, debo ser honesto: consideraba mi llegada a la Escuela Normal como un acto del azar, casi una jugada caprichosa del destino o una inercia de las circunstancias juveniles. Entré a la docencia como quien entra a una habitación a oscuras, tanteando las paredes. Sin embargo, lo que sucedió después de cruzar esa puerta no fue obra de la suerte. Fue una decisión consciente y, eventualmente, la construcción de un propósito de vida que hoy me define.

Al principio, me causaba un profundo conflicto la idea de trabajar en contextos rurales. Mi mente, moldeada por las dinámicas del centro urbano, temía la falta de comodidades, el aislamiento geográfico y la distancia de lo que la sociedad occidental llama “progreso”. Veía la ruralidad como una carencia, como un vacío que debía ser llenado, sin comprender que la ruralidad es, en realidad, una abundancia de significados, saberes y resistencias que yo aún no sabía leer.

Ese miedo al aislamiento cambió de forma radical en el momento exacto en que la comunidad me otorgó un lugar. Y no me refiero a un lugar físico, hablo de un lugar en su tejido social, en su confianza y en su mesa. Ser recibido con un agradecimiento sincero por el simple hecho de estar presente en lugares ubicados en las lejanías transformó por completo mi perspectiva.

En estas zonas, donde persisten necesidades económicas, sociales y culturales que históricamente han limitado el potencial de los niños, comprendí que mi labor no era sólo la de un instructor que deposita datos en mentes pasivas. Mi labor era, y es, la de resistir junto a ellos. Resistir al olvido institucional, resistir a la idea de que la pobreza es destino y resistir a un sistema que a veces pretende que todos los niños aprendan de la misma forma, ignorando el contexto de quien siembra, quien cuida el ganado o quien habla una lengua que el libro de texto no siempre reconoce.

Ser docente rural es habitar la frontera. Es una posición ambivalente y poderosa: por un lado, soy un agente educativo, representante de una institución y de un currículo nacional; por el otro, soy el aliado íntimo de una comunidad que lucha día a día por no ser borrada del mapa de las prioridades nacionales. Esta dualidad nos exige dejar de ser simples ejecutores de programas para convertirnos en docentes investigadores.

En el aula multigrado la receta pedagógica estándar fracasa estrepitosamente. Aquí, los desafíos actuales nos obligan a indagar en la red de saberes locales para que la escuela tenga sentido. ¿De qué sirve la lectoescritura si no es para que el alumno pueda narrar su propia historia y la de sus ancestros? Hoy, aquel viejo conflicto mío con la falta de comodidades urbanas ha sido sustituido por una preocupación mucho más trascendental: el temor a no ser lo suficientemente audaz, creativo o sensible para despertar el genio que habita en cada uno de mis estudiantes.

En medio de este escenario de carencias estructurales, donde a veces falta el material didáctico o la conexión a la red, surge una fuerza que funciona como un motor de alta potencia: la gratitud de la comunidad. Es una sensación profunda, casi eléctrica, que se

manifiesta cuando un padre de familia se acerca para agradecer los avances de su hijo.

Estos agradecimientos, que a menudo son acompañados de un gesto sencillo, los interpreto como un: “lo estás haciendo bien”. Ese reconocimiento es el que me permite seguir adelante cuando nace la incertidumbre. Me hace entender que para ellos, mi presencia no es un trámite, sino una oportunidad de apertura al mundo. Es en ese intercambio de humanidad donde la educación cobra su verdadero rango de excelencia.

Sin embargo, no puedo permitir que el romanticismo de la vocación me nuble el juicio, aunque es el motor indispensable, no reemplaza la necesidad de una actualización constante. En la soledad del aula rural, la formación continua se convierte en mi mejor herramienta de defensa. No podemos responder a los desafíos de un mundo en cambio permanente con las herramientas de ayer.

Estudiar nuevas metodologías, profundizar en el análisis de los Procesos de Desarrollo de Aprendizaje (PDA) dentro de la Nueva Escuela Mexicana y mantenerme al tanto de las vanguardias pedagógicas es lo que me permite ofrecer una educación de verdadera calidad y no sólo una educación de “emergencia” o de “segunda clase”. No se trata simplemente de acumular diplomas para la vanidad personal o el escalafón; se trata de honrar el derecho de mis alumnos a tener un maestro que investiga, que lee, que se cuestiona y que se atreve a innovar.

Sólo a través de este rigor intelectual puedo transformar la realidad del aula en un espacio de excelencia. Mi preparación es el respeto más grande que puedo ofrecerle a mi profesión y, sobre todo, a mis alumnos. Ellos merecen una formación tan competitiva, profunda y digna como la de cualquier centro urbano del país. La calidad educativa en el medio rural no debe ser un privilegio, sino un estándar que yo, como docente, estoy obligado a garantizar mediante mi propio estudio.

Acepto, finalmente, que mi presente es el resultado de aquellas decisiones que alguna vez me parecieron azarosas. Aquella llegada a la Normal fue, en realidad, el primer paso de un largo camino hacia el encuentro conmigo mismo a través del otro. Ser docente rural es un

ejercicio de humildad y de fe constante en el poder transformador de la palabra compartida. Bajo este techo, estamos en el centro mismo de lo que significa ser humano: el aprendizaje como un acto de libertad.

Hoy, mi actuar docente se vuelve cada vez más consciente. Me permito cuestionarme constantemente: ¿Qué hago? ¿Por qué lo hago? Al hacerlo, rompo con la idea de que somos figuras finitas o limitadas por las circunstancias. En realidad, nuestro potencial es el infinito, porque cada semilla de curiosidad que siembro hoy en un niño tiene el poder de germinar en formas que yo nunca llegaré a ver, pero que transformarán su realidad.

Aquellos sujetos que hoy corren por el patio de tierra, que ríen en su lengua materna y que descubren el mundo a través de mis ojos, son los que llevarán las riendas de nuestra sociedad. Y yo, desde mi pequeña, pero inquebrantable trinchera, tengo el privilegio máximo de caminar a su lado. Mi tarea es asegurar que esas manos que hoy sostienen un lápiz aprendan mañana a sostener las riendas del mundo con dignidad, con pensamiento crítico y, sobre todo, con una esperanza inagotable.

*Licenciado en Educación Primaria. Docente Rural Multigrado de la Escuela Primaria Valentín Gómez Farías de Dolores Hidalgo, Guanajuato.
juaresdiegoje12@gmail.com